





Es un hecho constatable por repetido que cuando se desconoce el origen de algo, bien porque se carece de datos documentados suficientes, bien porque la ciencia del momento no lo acabe de explicar –en algunos casos, ni lo empiece– se forjan inmediatamente después de la primera pregunta acerca de este origen no pocas teorías, todas ellas loables a priori porque no hacen sino intentar satisfacer el afán de saber, pero muchas de ellas resultan disparatadas, la mayoría son sospechosamente interesadas y sólo algunas –las menos generalmente– quedan como las más plausibles por ceñirse a los pocos datos existentes, sin dar pábulo a leyendas, y concluir razonable y razonadamente hipótesis que, por supuesto, no convencen a todos pero

hay ascuas para todos. Y el flamenco no escapa a este axioma. Su misterio es demasiado apasionante como para hacerlo. Coartada perfecta para que payos denosten a gitanos... y viceversa, por supuesto, el flamenco goza de todos los ingredientes para servirnos en bandeja esta rivalidad aparente: las noches oscuras de la historia, la fascinación de lo incierto, la magia de lo desconocido, hondos gritos que se lleva el viento, músicas no escritas que hermanan pueblos, cantes del pueblo, pueblos iletrados, arte fugaz –pero permanente– en la soledad de los campos, alegrías y duquelas compartidas, lamentos del penal, arcanos legendarios, juergas eternas de ricos y miserias de pobres en cuartos cerrados que guardan silencio para siempre... y

GITANOS y FLAMENCO

EUGENIO COBO

cuya objetividad es incuestionable. Pero claro, éstas son las menos exitosas, en primer lugar porque no tienen la vistosidad de la leyenda ni el efectismo de la demagogia, en segundo lugar porque no consiguen explicar el misterio –empresa imposible per se– y en tercero, porque no dan ni quitan la razón, sino todo lo contrario, a las partes enfrentadas que inevitablemente acaban creándose en torno a las hipótesis interesadas. ¿Por qué inevitablemente? Porque el ser humano es así, individualista y gregario a la vez, y quizá por esto mismo puede escapar difícilmente a adjudicarse como mérito propio –para quedar por encima del otro– aquello que considera valioso, es decir, que tiende a arrimar el ascua a su sardina porque cree, erróneamente en el caso que nos ocupa y en tantos otros, que no

Andalucía como fragua. Poca cosa para los científicos, pero una inmensidad de posibilidades de asar sardinas para todos los demás. Sin embargo, esta rivalidad es más aparente que real, y más pergeñada y difundida por los "receptores" del arte flamenco –espectadores, estudiosos o no– que por los propios "emisores", los artistas, que suelen poner sus energías, afortunadamente, en aprender unos las cosas de otros, en forjar estilos propios a base de escuchar a otros para seguir creando y recreando el flamenco a través de los siglos. No otra cosa llevan haciendo los flamencos, gitanos con músicas de payos o payos con cantes de gitanos, desde aquel momento que no sabremos nunca cuándo fue, en aquel lugar del que no sabremos nunca su nombre, en que nació el flamenco. »

FOTO: MAQUE FALGÁS



▶ Remedios Amaya

Resaltar la importancia del pueblo gitano en la historia del cante sería repetir lo que cualquier persona conoce de sobra, incluso los que no son aficionados a nuestro arte. Para empezar, es evidente que hay un mayor número de intérpretes de flamenco entre los gitanos que entre los que no lo son, hecho que, a su vez, ha originado que haya grandes escuelas de cantaores gitanos. Recordemos a Enrique El Mellizo, Curro Dulce e Ignacio Ezpeleta en Cádiz; a Paco La Luz, Frijones y Manuel Torre en Jerez; a los hermanos Pavón –Pastora y Tomás– en Sevilla; o a Joaquín el de la Paula y Mercedes la Serneta (aunque ésta naciera en Jerez) en Alcalá y Utrera.

Debemos rechazar la idea de que los gitanos valen para unos cantes y los payos para otros. Dentro de una infinidad de ejemplos, uno de los más grandes intérpretes de la taranta y de los cantes mineros en general fue el gitano Joaquín Vargas "El Cojo de Málaga", del mismo modo que los payos Manuel Vallejo y Carmen Linares son excelentes intérpretes de las bulerías. Y hay que tener presente la importantísima labor de estudio que han hecho algunos gitanos, especialmente Antonio Mairena, que iba por los pueblos de Andalucía escuchando los cantes de los viejos, como me atestiguó José Reyes "El Negro". Pero no sólo Mairena. Caracol, que en algunas entrevistas decía que él no era un



FOTO: MAQUE FALGÁS

▲
Vicente Soto *Sordera*. De Jerez

estudioso, recorría todos los rincones para escuchar los cantes de los demás, sobre todo de los aficionados. Camarón también era un erudito del flamenco, como lo han sido otros artistas gitanos. Pero por encima de esto, lo que me interesa destacar es que el flamenco no pertenece en exclusiva a una comunidad o a otra, sino al pueblo andaluz en su conjunto; es más, parece decisivo para el desarrollo del flamenco el buen ambiente de convivencia entre gitanos y payos en la mayor parte de la Baja Andalucía. Siempre tendremos que decir "probable", o "seguramente", o "parece", puesto que el origen del flamenco documentalmente no lo vamos a saber nunca.

En los barrios de Santiago y San Miguel (Jerez de la Frontera), Santa María y La Viña (Cádiz), o Triana (Sevilla), gitanos y payos han vivido hermanados, acaso porque la pobreza hermana bastante a los hombres y porque, por lo general, los pobres son más solidarios entre sí que los ricos. A la vida de los barrios se suma también el trabajo en el campo especialmente en Jerez y su zona de influencia, como espacio y tiempo de convivencia. Los trabajadores agrícolas, entre ellos muchos gitanos, se pasaban semanas en los cortijos, sin ir al pueblo; prácticamente vivían en las gañanías y estaban *condenados* a entenderse y a tratarse bien entre ellos, de lo contrario perdían su sustento. ►►



FOTO: JESÚS SALINAS

Este buen entendimiento se refleja en el flamenco, donde payos y los gitanos siempre se han admirado y se han querido. Es a partir de los años sesenta del pasado siglo XX cuando algunos aficionados y teóricos -mucho más que los propios cantaores- inciden en la distinción entre gitano y no gitano; en la época de la ópera flamenca, en los años veinte y treinta, no se hablaba de artista de una raza o de otra: todos eran flamencos. Y, más cerca de nuestros días, tenemos que decir algo que quizá muchos no saben: el mayor admirador de Camarón de la Isla era y es Enrique Morente, y el mayor admirador que ha tenido Enrique Morente ha sido Camarón.

Los intérpretes han elegido el estilo que más les ha gustado, y así hay muchos casos de cruzamiento. Por ejemplo, el gitano Juanito Mojama era seguidor de Antonio Chacón, y el payo José Menese sigue la estela de Manuel Torre, Juan Talega y Antonio Mairena. Miguel Poveda adora por igual a los gitanos de Jerez que a Pepe Marchena y Juanito Valderrama. Y ya que hablamos de cruzamientos, no se nos puede olvidar que la endogamia étnica, en la Baja Andalucía y en concreto en el flamenco, no ha sido ni es como tantos

estudiosos la han descrito. El más importante gitanólogo español, Antonio Gómez Alfaro, ha repetido muchas veces que las dos comunidades se han mezclado por matrimonio en Andalucía desde siempre. En el flamenco tenemos notables ejemplos de artistas *cuchichis*: Anica La Piriñaca, La Paquera de Jerez y Estrella Morente, por ejemplo, por citar tres mujeres de tres generaciones distintas.

El valor de los gitanos y de lo gitano en la historia del flamenco es evidente, es incuestionable. Pero importa mucho más destacar que el flamenco es un símbolo vivo del buen entendimiento de los dos pueblos. Se puede caer en la trampa tan fácil como absurda de los *bandos*, pero no creo que nadie pueda negar ya que el flamenco sin los gitanos no sería lo que es -o sería de otra manera- ni que los gitanos no habrían podido crear el flamenco -o habrían creado otra cosa- sin el ingente poso fértil que tantos otros pueblos fueron dejando en Andalucía. Si alguien se empeña en negar estas evidencias o en encontrarlas contradictorias, allá él...o ella. Somos muchos los que celebramos que por encima de estos litigios siempre esté el arte.◀◀

Eugenio Cobo *es escritor y flamencólogo*

Noches oscuras
de la historia, músicas
no escritas que
hermanan pueblos,
juergas eternas
de ricos y miserias
de pobres
en cuartos cerrados
que guardan silencio
para siempre...
y Andalucía
como fragua
